

---

# MOMENTO DE INDEFINICIONES

---

**L**a concentración realizada el 18 de noviembre en el Parque O'Higgins, bajo la convocatoria de la denominada Alianza Democrática, ilustra tanto las debilidades y fisuras que ésta presenta como sus más complejas relaciones con otros grupos opositores que por ahora no integran dicha Alianza.

Desde luego, si se considera que la llamada Alianza Democrática pretende constituir no sólo un aglutinante de ciertos grupos políticos para potenciar su oposición al actual Gobierno, sino también una presunta alternativa para reemplazarlo, resulta ostensible que la profunda heterogeneidad ideológica de sus componentes surge como un obstáculo insuperable para proyectarse convincentemente en este último sentido.

La vaguedad del documento matriz de dicha Alianza, titulado "Bases de acuerdo para lograr un gran censo nacional" acusa lo imposible de aunar en torno a una real alternativa de gobierno a liberales como Hugo Zepeda o Armando Jaramillo y a socialistas marxistas como Julio Stuardo o Hernán Vodanovic, incluyendo además en el arco iris a la democracia cristiana, el radicalismo y la social

democracia. Congregarlos para una mera acción opositora —más allá del juicio de valor que ello merezca— puede ser viable. Pero de ahí a forjar una fórmula factible de gobierno hay aún demasiado trecho.

Con todo, los problemas de la "Alianza" distan mucho de terminar ahí. No son menores las dificultades que ella afronta en su mera tarea opositora, según se evidenció a raíz de la concentración del Parque O'Higgins.

Aceptado finalmente por dicho conglomerado el mencionado lugar como escenario que la autoridad sugería al efecto, se produjo de inmediato un problema interno dentro de la oposición acerca de los asistentes al acto.

El Movimiento Democrático Popular, que nuclea el Partido Comunista, anunció oficialmente su propósito de hacerse presente en el parque exhibiendo su identidad propia diversa de la "Alianza". Después de numerosos forcejeos tácticos, ambos grupos convinieron en un punto intermedio. La "Alianza" no cuestionaría la presencia comunista en el acto, pero éstos lo harían respetando el carácter de una convocatoria amplia a todos los

---

chilenos que sus organizadores le confirieron y sin portar emblemas partidistas que pudieren favorecer un clima de rivalidad o confrontación entre los concurrentes.

Detrás de este episodio afloraba, una vez más, uno de los dilemas y controversias más delicados para la oposición: la postura de los partidos democráticos que la integran frente al Partido Comunista. Todos ellos coinciden en propiciar que éste sea legalizado. Pero las divergencias emergen al determinarse las hipótesis de posibles pactos políticos con los comunistas. Mirado este último asunto desde la perspectiva de la "Alianza", se advierten en ella posturas francamente divergentes.

Mientras la democracia cristiana insiste oficialmente en su rechazo a un pacto político que incluya a los comunistas, subrayando el rasgo antidemocrático de su doctrina, es público y notorio que ello ni siquiera interpreta a toda su propia diligencia, según lo confirman recientes declaraciones del dirigente sindical Manuel Bustos (ver sección "Párrafos" de esta edición). A su vez, los radicales enfatizan su renuencia a que el comunismo se incorpore a la "Alianza" centrandó sus objeciones en la aceptación de la violencia como medio para combatir al actual Gobierno que el Partido Comunista ha proclamado públicamente, más que en las discrepancias ideológicas con éste, conforme se desprende de una reciente entrevista de prensa de Enrique Silva Cimma (ver también la misma sección de "Párrafos"). Por último, resulta conocida y explicable la postura proclive a pactar desde ya con el Partido Comunista, integrándolo de inmediato a la "Alianza", sustentada por el grueso de los socialistas que forman parte de ella.

Desde el prisma comunista, el tema se ha bautizado como el de las "exclusiones", contra las cuales disparan sus anatemas en nombre de la "unidad" de las fuerzas opositoras. Incluso, anteceden-

---

**L**a concentración realizada el 18 de noviembre en el Parque O'Higgins, bajo la convocatoria de la denominada Alianza Democrática, ilustra tanto las debilidades y fisuras que ésta presenta como sus aún más complejas relaciones con otros grupos opositores que por ahora no integran dicha Alianza.

---

tes fidedignos indican que la ausencia de violencia registrada en el acto del Parque O'Higgins —tan justificadamente elogiada y elogiada por la ciudadanía independiente— no sería más que una prueba de disciplina brindada por los comunistas bajo la expresa condición de que se trataría del último gesto de "buena voluntad" hacia la "Alianza" para obtener su admisión a ella. De no concretarse ésta, las próximas expresiones opositoras verían resurgir la violencia comunista de las "protestas" anteriores.

Entretanto, la democracia cristiana —eje indiscutible de la "Alianza"— se había ya allanado a admitir acciones organizadas conjuntas con los comunistas en el plano de la "acción social no política", como la que se plasmó, entre otras, en el comité constituido para ayudar a los allegados o familias sin casa, protagonistas de recientes "tomas" de terrenos.

El paso de confluír ahora en una concentración política no trajo mayores consecuencias por la sumisa postura que, por esta vez, adoptaron los comunistas, de acuerdo a lo recién dicho. Y como al fin de cuentas "de noche todos los gatos son par-

dos”, la “Alianza” pudo reunirse con ellos bajo el mismo cielo sin que ello evidenciara compromisos ulteriores. Pero el problema está planteado y tenderá ineludiblemente a agudizarse.

Los radicales de Silva Cimma han corroborado que continuarán las acciones **políticas** conjuntas de los comunistas y otro de sus dirigentes, Marcial Mora, ha sido más explícito en el sentido de que ellas apuntan a desembocar en un común paro nacional para derribar al Gobierno.

Es cierto que la diligencia demócratacristiana tiene poderosas razones de identidad y conveniencia política interna, así como de compromisos internacionales, que le dificultan al extremo un pacto político abierto con los comunistas. Sin embargo, tampoco escapa a su análisis que sin el aporte de éstos la oposición carece de toda posibilidad real de conseguir su propósito de un cambio pronto y abrupto de gobierno en el país.

De más está consignar —a modo de disgresión— nuestro convencimiento del gran aporte a la futura estabilidad democrática de Chile que representaría un abandono de la postura rupturista y extrema que la cúpula demócratacristiana ha asumido y su reemplazo por una postura realista que procura se impulsar el avance democratizador desde el reconocimiento práctico de la juricidad vigente y de la autoridad constituida.

Acreditado, no obstante, que ello no se advierte probable, el discurso político de la “Alianza” suena retórico e intracendente por su notoria y probada inviabilidad. La falta total de mística y fervor de la mayoría de los concurrentes del Parque O'Higgins se daba así la mano con el aburrido discurso del señor Silva Cimma, cuya insistencia en pedir la renuncia del Presidente de la República, el establecimiento de un Gobierno provisional y la elección de una asamblea constituyente tuvo el halo gastado de las formulaciones reiterativas carentes del atractivo de lo factible.

Si a ello se añade lo que la opinión pública del país ha progresado en esta última década en cuanto a rechazar la demagogia que exige y ofrece fáciles soluciones para todos los problemas nacionales, sin indicar caminos realistas e idóneos para lograrlas, no es extraño que la concentración opositora del Parque O'Higgins no haya revestido consecuencias políticas significativas. Ella no agregó —en verdad— ningún ingrediente nuevo al cuadro político preexistente.

La ausencia de una cohesión opositora posible y estable, el nulo carisma de sus dirigentes políticos y la utopía de sus planteamientos globales se han confirmado, en cambio, como marcadas deficiencias y difíciles disyuntivas para la denominada Alianza Democrática.

Lo anterior no debería llevar, eso sí, a ningún género de erróneas cuentas alegres para el Gobierno y sus partidarios.

Los problemas y las indefiniciones opositoras no borran los serios problemas que el país afronta y ante los cuales el aparato gubernativo no presenta aún la necesaria y suficiente unidad interna, ni tampoco proyecta ante el país rumbos claros que se sigan en forma consistente y sistemática.

Vitalizar la transición hacia la plena democracia constitucionalmente aprobada y robustecer los lineamientos económicos reactivadores —ajeno a demagogias sectoriales o inflacionarias— emergen, ahora más que nunca, como imperativos urgentes respecto de los cuales las falencias opositoras no hacen sino brindar al Gobierno una oportunidad más para satisfacerlos, que acaso un mayor acierto de la oposición habría podido tornar ya imposibles para las actuales autoridades y dentro del esquema jurídico-político vigente.